

Antonio Machado y los toros*

La conmemoración del 50 aniversario de la muerte de Antonio Machado ha traído consigo ediciones, homenajes, conferencias... No se ha tocado, en cambio, el tema de su relación con el mundo de los toros. Una vez más, es preciso insistir sobre la profunda conexión que existe entre la tauromaquia y la cultura.

La actitud de Antonio Machado ante lo taurino suele despacharse con un par de tópicos: como buen discípulo de la Institución Libre de Enseñanza —se dice— se muestra contrario a la fiesta, por considerarla mala para la educación moral del pueblo español. Y se añade: en esto se separa radicalmente de su hermano Manuel, entusiasta cantor de la fiesta brava. (Esta contraposición ya debería resultarnos sospechosa).

No resulta difícil matizar un poco estos tópicos: en el terreno biográfico, en sus primeros artículos periodísticos y en algún poema que todos conocemos. Esa será la triple línea de este artículo.

1. La biografía

Basta con repasar las principales biografías del poeta para encontrar datos interesantes, en este terreno, y que apenas han sido comentados.

Miguel Pérez Ferrero nos informa, por ejemplo, de que la afición a los toros va unida al gusto por el teatro, en la etapa juvenil y bohemia de los dos hermanos, desde la última década del siglo. Escribe esto el biógrafo: «Las tardes de los días festivos, en primavera y otoño, el gentío de los toros hace su tumultuosa invasión. En el ruedo, tres ídolos se disputan los olés: Lagartijo, Guerrita y Espartero. Cada cual tiene sus incondicionales, y el ruedo está dividido entre los enemigos como para una gran batalla. Hasta el balcón de Manuel y Antonio llega el vocerío ensordecedor, que les produce una irrefrenable curiosidad. Poco tardan en ocupar sus asientos, en tomar partido,

* Este artículo obtuvo el I Premio de la Unión Internacional de Federaciones Taurinas.

en sumarse a las delirantes manifestaciones. El fuego de su juventud es capaz de encenderse por una bella rima igual que por un brillante volapié. Lo que ocurre es que la rima está en el fondo de sus corazones. Pero... ¿lo saben ellos? Sí, ya lo saben»¹.

Poco después, los hermanos Machado se hacen habituales del café de Fornos, por el que desfilan «artistas, periodistas, actores, *toreros de nombradía*, mozas garbosas de mantón alfombrao y buenas joyas, o pretenciosa bisutería, señoritos de rumbo...»² (La cursiva es mía).

Años más tarde, en los últimos de su vida, a la tertulia madrileña de Antonio Machado suele acudir José María de Cossío: «Cuando él llega, nunca deja de tocarse el tema de la poesía, ni queda sin mención el de los toros (...) Su amistad tiene tres predilecciones: los toreros, los futbolistas y los poetas. Hubo una época en que le dio por seguir a los matadores de fama en las temporadas taurinas, y a los grandes equipos de fútbol en la temporada de invierno. Siguió a Joselito, a Belmonte, a Sánchez Mejías y a los que vinieron tras ellos (...) Cossío, cuando llega a la tertulia de los Machado, suele remover la conversación general y trasplantar los temas a otros climas. Por entonces está trabajando en su obra, que Calpe le ha encomendado, *Los toros*, y se propone hacer lo posible por ofrecer algo vasto y completo, para cuya realización total prevé algunos años. Ha hecho acopio de una documentación fabulosa que traduce en fichas de las que van saliendo y saldrán los artículos que habrán de integrar los volúmenes de su libro»³. Raro sería que no participara Antonio en alguna conversación taurina, en aquella tertulia.

Volvamos a la etapa juvenil. En el año 1896, Manuel Machado ha sido enviado a estudiar a la Universidad de Sevilla. (Volverá a Madrid al año siguiente). Desde la capital le escribe Antonio, el día 30 de septiembre. Le da noticias teatrales, sobre representaciones del *Tenorio* y Ricardo Calvo, y estrenos de Guimerá, Echegaray y Feliú y Codina. A la vez, le comenta la actualidad taurina. De las frases de Antonio se deduce, indudablemente, que sigue las polémicas taurinas, conoce los secretos de la técnica y asiste a las plazas:

A Miguel Pérez no le veo; sólo sé que se pasa la vida en Novedades gritando: «¡Vico solo!» Que ha escrito un artículo taurino dando bombo al Guerra y guerra al Bomba y a Reverte.

Bombita ha hecho aquí, como me dices, una gran temporada, demostrando ser el primer matador de toros y no mal torero. Fue el héroe de la célebre corrida en que todos estuvieron admirables. ¡Qué dos volapiés más monumentales! No cabe más. Reverte, aunque no es tan matador, es, si cabe, más valiente que Bombita y hace prodigios de temeridad. Guerra demostró que es el número uno de los toreros, en la faena inteligentísima que hizo en su primer toro, y con la espada quedó muy bien. Pero el fenómeno fue Bombita...⁴

Notemos que, como cualquier aficionado de la época, Antonio se entusiasma por dos volapiés «monumentales».

¹ Miguel Pérez Ferrero: Vida de Antonio Machado y Manuel, 3ª edición, Madrid, ed. Espasa-Calpe, col. Austral, 1973, pp. 34-35.

² *Ibidem*, p. 39.

³ *Ibidem*, pp. 189-190.

⁴ Obras. Poesía y prosa, ed. reunida por Aurora de Albornoz y Guillermo de Torre, Buenos Aires, ed. Losada, 1964, p. 895.

⁵ Aurora de Albornoz: La prehistoria de Antonio Machado, eds. La Torre, Universidad de Puerto Rico, 1961.

2. Los artículos de «La caricatura»

La diligencia de Aurora de Albornoz nos permitió, hace años, conocer *La prehistoria de Antonio Machado*⁶: una serie de artículos, publicados en la revista *La Caricatura*. Si repasamos esta colección, tan interesante, nos encontraremos nada menos que cuatro artículos en los que se trata el tema taurino. Los dos primeros van firmados por «Cabellera»: es decir, por Antonio. Los otros dos, por «Tablante de Ricamonte»: el seudónimo que usan para lo que escriben en colaboración los dos hermanos.

Curiosamente, Antonio recibe su bautismo literario con un artículo de tema taurino: *Algo de todo: afición taurina*⁶. Comienza con una reflexión válida para hoy mismo: a pesar de los que lamentan su decadencia, la fiesta atrae cada vez más a los madrileños: «Parece mentira que haya quien se atreva a afirmar seriamente que el arte taurino y la afición del público de Madrid a las fiestas de toros, se encuentra hoy en notable decadencia. Porque, no obstante las lamentaciones de los viejos aficionados, que sin cesar evocan aquellos tiempos, de *felice recordanza*, en que se recibían toros por docenas, y en que Montes, Cúchares y Chiclanero desempeñaban tan importante misión, ajustándose al Código secreto, cuyos preceptos son de todo punto inviolables, el número de corridas verificadas al año es cada vez mayor; los tendidos y gradas de las plazas de toros se encuentran de día en día más concurridos, y los verdaderos aficionados, los aficionados *enragés* siguen con inmenso interés la suerte de los espadas más notables, reciben telegramas notificando sus triunfos, y celebran banquetes en su honor».

Subrayo que esos nostálgicos aficionados echan de menos la época en que se mataba *recibiendo*: lo mismo que hará, años después, el protagonista de un poema de Machado. El artículo continúa con una sátira graciosa y amable, nada virulenta, de las charlas taurinas de café:

Fácil será, a quien se lo proponga, encontrar, alrededor de una mesa de café reunida, un clásico aficionado que lleva en sus patillas blancas cincuenta años de toreo desde la grada de la plaza de Madrid...

Había participado Antonio Machado en esas tertulias y conocía bien la forma de hablar de los habituales tertulianos. Su texto, por eso, tiene un valor de época, documental:

—Porque yo he visto, por mis propios ojos —exclama retorciéndose el bigote y frunciendo el entrecejo uno de los contertulios—, y aquí está Cortezo que no me dejará mentir, la faena empleada por el Chispero en su primer toro, consistente en dos pases naturales, dos pases de pecho y tres pases ayudados y un pase en redondo, y, con la res cuadrada, un volapié hasta la mano que hizo innecesaria la puntilla. ¿No es esto una brillante faena? ¿Qué más puede pedirse a un espada de cartel...? Para que vea usted, D. Matías, hasta dónde llega la depravación humana, y me diga si no es cosa de hacer una barbaridad. (Por supuesto, que lo mejor es reírse). *El Imparcial* y *El Liberal* califican la estocada de pescuecera, asómbrese usted, D. Atilano, ¡de pescuecera!

No es difícil encontrar en las reseñas de la época, incluso en los mismos periódicos citados por Machado, reseñas de faenas semejantes, mucho más breves que las actuales.

⁶ *La Caricatura*, año II, n.º. 52, 16 de julio de 1893.

Pasa ahora Machado a un tema eterno, entre los aficionados: la crítica de los críticos, con toda la pasión y la exageración que parecen inevitables al hablar de toros. La seriedad hiperbólica de los personajes que dialogan multiplica la comicidad de la escena costumbrista:

—¡Oh!— exclamó, animado por el efecto de su arenga. —A la sombra del genio crece la envidia, D. Atilano, pero el genio se impone, al fin y a la postre... Pero dígame usted qué es lo que haría con esos revisteros, vamos a ver.

—¿Yo? ¡Estrangularlos! ¡Estrangularlos de buena gana!— dijo atacando con furor una chuleta D. Atiliano Picaporte, tabernero enriquecido, de genio endemoniado, carrillos rojos y nariz color de remolacha.

—Como medida preventiva, ¿no es cierto, D. Atilano?

—Qué ganas tengo —añadió éste sin hacer caso a su interlocutor—, qué ganas tengo de retorcer el gañote a uno de esos, porque a mí tres cominos me importa el cartel de Madrid; yo siempre tengo cien duros para ir a ver torear a quien quiera, cuando me... (aquí una grosería muy gorda) y el que no lo tenga que se... (y aquí otra mayor). ¡Pues pa chasco!

Y volvió a la chuleta con ahinco, como si devorara carne de revistero venal.

—Lo cierto y positivo —exclamó un joven macilento, de barba rubia y ojos azules—, lo cierto y positivo es que la envidia y el interés rastrero han iniciado una campaña... una campaña... ¿Cómo lo calificaría yo? Una campaña inicua. ¿Me explico? Una campaña en contra de los sagrados cánones del toreo.

—¡Y de cuán funestas consecuencias!— exclama un caballero que aún no había desplegado los labios, considerando el asunto con aire de profunda tristeza—. ¡De cuán funestas consecuencias! ¡Oh!

—Y lo peor del caso es que el público no acude a los periódicos profesionales para leer juicios exactos y prosa castiza —añade un revistero de profesión.

Va haciéndose tarde y algunos contertulios se retiran, pero otros continúan la discusión hasta media noche. Alguna vez, felizmente, se produce el acontecimiento:

Cuando algún diestro, sea cual fuere su categoría, se agrega a la tertulia, se le agasaja espléndidamente y se le tributan honores de emperador.

La ponderación no debe sonarnos excesiva. Años después, Federico García Lorca dirá de Antoñito «el Camborio», en el contexto taurino de su *Romancero gitano*, que era «digno de una emperatriz».

Concluye el artículo con una rotunda afirmación de la vigencia social de la fiesta:

Conozco un entusiasta que, no obstante su calzado lustroso y bimba reluciente, ha solicitado de un famoso espada el puesto de mozo de estoques, con objeto de admirarlo de cerca, y quien sigue de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo acompañando en el ferrocarril a los diestros, y montado en un jaco, el coche que los conduce a la plaza. En suma, ser aficionado a los toros es ya ejercer una profesión.

Firma este artículo A. Cabellera, con una A. que ya no volverá a emplear el poeta. Lo he citado ampliamente porque posee un valor histórico evidente: por un lado, podemos considerarlo el primer texto literario publicado por Antonio Machado; por otro, nos da una imagen del poeta muy distinta de la habitual, es muy poco conocido y revela un conocimiento del ambiente taurino evidente. Salvando algunos detalles his-